

Crisis del capitalismo La hora de la verdad

Isaac Joshua

En vísperas del tercer aniversario de la caída de Lehman Brothers (el 15 de setiembre de 2008), que marcó el comienzo oficial de la crisis financiera, una nueva crisis toma protagonismo: la crisis de la deuda soberana, que es presentada como totalmente independiente de la primera. Hay un sobreendeudamiento de los Estados que se debería a la impericia de los gobiernos, a su dejadez en materia de gastos. Pero nada de eso: la crisis de la deuda soberana no es más que una prolongación de la gran crisis que estuvo a punto de llevarse al mundo por delante hace tres años. Con el estallido de la burbuja inmobiliaria (en particular americana), la deuda de los hogares se ha convertido en deuda de los organismos financieros, y ésta, a su vez, en deuda de los Estados. Un ejemplo caricaturesco es el Estado irlandés, haciéndose cargo de los compromisos de unos bancos desplomados por los activos “podridos” de la crisis financiera, intentando colmar un pozo sin fondo: por ejemplo, 29,3 mil millones de euros tan sólo para intentar sanear el Anglo Irish Bank; 50 mil millones de euros en 2010, casi un tercio del PIB, para reflotar bancos cuyas pérdidas habían sido disimuladas antes¹.

La incapacidad de las economías domésticas para hacer frente a sus obligaciones puso en peligro la esfera financiera y los Estados no dudaron ni un segundo en correr en su auxilio, sin poner condición alguna y cumpliendo el buen principio de “privatizar las ganancias, socializar las pérdidas”. En Europa, según la Comisión, los Estados habrían gastado en recapitalizar los bancos y enjugar sus activos tóxicos, 230 mil millones de euros, algo más del 2% del PIB europeo². En los Estados Unidos, el Troubled Asset Relief Program (TARB) ha concedido ayudas a diversas instituciones financieras por un total de 700 mil millones de dólares; paralelamente, la FED (banco central americano) ha prestado a estas instituciones, a tipo de interés cero, más de 2.500 mil millones de dólares. En octubre de 2010, el coste total del salvamento financiero se elevaba a 7.800 mil millones de dólares³. De esta manera, la pelota envenenada del sobreendeudamiento se ha transmitido de mano en mano, pero no por ello ha desaparecido, sino todo lo contrario. A esta pesada carga se añade el efecto mecánico del retroceso de la actividad económica sobre las finanzas públicas, al reducir los ingresos fiscales y empujar al alza los gastos públicos. Y sin olvidar el aplastante peso de los diversos planes de relanzamiento. En 2008, se habría inyectado un 27% del PIB mundial para salvar al sistema en peligro⁴. Tan sólo en China, el plan de relanzamiento se elevó a 585 mil millones de dólares.

La mejor prueba de la vinculación entre la crisis inmobiliaria y la crisis de los Estados la tenemos en el **cuadro 1**, que muestra la evolución del peso del déficit público respecto al PIB. Entre 2005 y 2007, este peso se mantiene en límites muy razonables en la mayor parte de los países europeos que hoy están en el banquillo. En realidad, el extraordinario salto de este déficit data de 2008 y 2009, con el salvamento de los bancos y los planes de relanzamiento

con altos costes; es en ese momento cuando las repercusiones de la gran crisis del siglo XXI se sienten en la actividad económica (y en los ingresos fiscales). El déficit público de la zona euro en su conjunto, un -6,3% del PIB en 2009, tan sólo alcanzaba el -0,7% en 2007. En el total de la OCDE, se ha pasado de -1,3% en 2007 a -8,2% en 2009. Algunos países incluso tenían superávit en 2007, entre ellos algunos de los más amenazados actualmente como Irlanda o España. Añadamos que las numerosas desgravaciones concedidas a los más ricos en la mayor parte de los países, el asilo ofrecido a los beneficios y el frenazo de las finanzas, han contribuido también a reducir los ingresos fiscales y han desarmado a los poderes públicos en un momento crucial.

Cuadro 1
Evolución de los déficits (-) o superávits (+) públicos en % del PIB

| | 2005 | 2006 | 2007 | 2008 | 2009 | 2010 |
|----------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| Alemania | -3,3 | -1,6 | +0,3 | +0,1 | -3,0 | -3,3 |
| España | +1,0 | +2,0 | +1,9 | -4,2 | -11,1 | -9,2 |
| Estados Unidos | -2,8 | -1,9 | -2,3 | -5,3 | -10,4 | -10,1 |
| Francia | -2,9 | -2,3 | -2,7 | -3,3 | -7,5 | -7,1 |
| Grecia | -5,3 | -6,0 | -6,7 | -9,8 | -15,6 | -10,4 |
| Irlanda | +1,6 | +2,9 | +0,1 | -7,3 | -14,3 | -32,4 |
| Italia | -4,4 | -3,3 | -1,5 | -2,7 | -5,3 | -4,5 |
| Japón | -6,7 | -1,6 | -2,4 | -2,2 | -8,7 | -8,1 |
| Portugal | -5,9 | -4,1 | -3,2 | -3,6 | -10,1 | -9,2 |
| Reino Unido | -3,3 | -2,7 | -2,8 | -4,8 | -10,8 | -10,3 |
| Zona Euro | -2,6 | -1,4 | -0,7 | -2,1 | -6,3 | -6,0 |
| Total OCDE | -2,8 | -1,3 | -1,3 | -3,3 | -8,2 | -7,7 |

Fuente: OCDE

Para Estados Unidos, contabilidad nacional, *net borrowing* del Estado federal en % del PIB

Para Francia: contabilidad nacional, INSEE

Este punto de vista se confirma en el **cuadro 2**, que muestra la evolución del total de la deuda de las administraciones centrales, en % del PIB. En 2005, este porcentaje se situaba en algunos países (como Irlanda y España) a niveles muy bajos, y en otros (como Grecia y Japón) a unos niveles muy elevados. Pero en todos los casos, el ratio da un gran salto en 2009, e incluso desde 2008. Queda clara su relación con la gran crisis de este inicio del siglo XXI, ya se trate del salvamento de los bancos con gasto público, de los planes de relanzamiento extraordinarios, o del hundimiento de los ingresos fiscales que acompañan la caída de la actividad económica.

Cuadro 2
Total de deuda de la administración central en % del PIB

| | 2005 | 2006 | 2007 | 2008 | 2009 |
|----------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| Alemania | 40,4 | 40,9 | 39,4 | 38,8 | 43,0 |
| España | 36,4 | 33,0 | 30,0 | 33,7 | 46,1 |
| Estados Unidos | 36,1 | 36,0 | 35,6 | 40,0 | 53,1 |
| Francia | 53,3 | 52,1 | 52,1 | 54,2 | 60,8 |
| Grecia | 110,3 | 107,5 | 105,8 | 109,6 | 125,7 |
| Irlanda | 23,6 | 20,3 | 19,8 | 27,7 | 46,0 |
| Italia | 97,5 | 93,7 | 95,2 | 98,0 | 106,6 |
| Japón | 164,3 | 161,4 | 164,2 | 178,0 | sin datos |
| Portugal | 68,2 | 69,8 | 69,2 | 71,2 | 81,1 |
| Reino Unido | 43,4 | 43,3 | 42,6 | 61,3 | 75,1 |

Fuente: OCDE

Para intentar mitigar la desconfianza, en la primavera de 2010 se creó un fondo europeo y se concedió un primer apoyo de 110 mil millones de euros a Grecia (cuya deuda pública se había elevado al 140% del PIB). Después, la amenaza se extendió: inmediatamente detrás de Grecia están Irlanda y Portugal, con unas deudas públicas que alcanzan el 114% y el 93% del PIB respectivamente. Posteriormente España y, eventualmente, Italia, con una deuda pública elevada al 120% del PIB. Y por fin, por qué no, Francia. El 21 de noviembre de 2010, caía Irlanda a causa de sus bancos y obtuvo una ayuda de 85 mil millones de euros de la UE y del FMI. El 7 de abril de 2011, Portugal resultó también alcanzado; el 3 de mayo de 2011, recibió una ayuda de 78 mil millones de euros de la UE y del FMI, acabando el año 2010 con un déficit público del 9,2% del PIB y una deuda pública de 160 mil millones de euros. Como contrapartida de esta “ayuda” se piden enormes sacrificios. Es decir, corresponde a los pueblos pagar hasta el último céntimo los gastos de una crisis que no es suya.

Bajo la presión de los “mercados”, cada país quiere dar ejemplo de rigor, creyendo poder escapar así a su sanción. Bastó que Italia se viera amenazada por la especulación para que se elaborase y votase con toda precipitación, el 15 de julio de 2011, un segundo plan de austeridad (de cerca de 48 mil millones de euros). El plan prevé nuevas privatizaciones, la congelación de los salarios y de los contratos de funcionarios y una reducción de las dotaciones colectivas. Esta mecánica del “buen alumno” es en realidad un terrible círculo vicioso. Las reducciones masivas de gastos públicos en todos los países (incluido Estados Unidos), la carrera general por la austeridad, contribuyen a reducir la actividad económica: de esta forma, las medidas aplicadas como contrapartida de la ayuda financiera de 78 mil millones de euros concedida a Portugal supondrán dos años de recesión (2011 y 2012) según confiesan los propios promotores de esta ayuda⁵. La reducción de la actividad arrastra a los ingresos fiscales, agravando indefinidamente el déficit. Los “mercados”, que empujan a la reducción de los gastos, constatan el agravamiento del déficit y

exigen tipos de interés cada vez más elevados para prestar al Estado afectado, haciendo más pesada la carga de la deuda.

Así, el 11 de julio de 2011, los tipos largos a diez años españoles e italianos alcanzaron récords históricos, entre el 5,5% y el 6%. El 2 de agosto de 2011, nuevos récords para estos mismos tipos, siendo el rendimiento de las obligaciones españolas del 6,326% y el de las obligaciones italianas del 6,165%. La diferencia con el tipo que sirve de referencia, el del Bund alemán (a 2,426%) alcanzó también un nuevo récord. Una situación insostenible a medio o largo plazo. En ese mismo momento, los tipos a diez años de Portugal se disparaban a 10,708% y los de Grecia se mantenían estables, ¡aunque al 14,454%!⁶ Y las cosas corren de prisa: el 27 de julio, la emisión del Tesoro italiano de 942 millones de euros en títulos a diez años se colocó a un tipo del 4,07%, cuando en la última operación similar, fechada el 27 de mayo, fue al 2,51%⁷. A este ritmo, la financiación del déficit del Estado italiano recurriendo a los mercados pronto se volverá prohibitiva.

En esta fuga hacia delante se traspasó un umbral en la cumbre europea del 21 de julio de 2011 en Bruselas, donde se puso en marcha un nuevo plan de ayuda a Grecia de 109 mil millones de euros. La duración tanto de los nuevos como de los antiguos préstamos concedidos a este país se prolongó de 7,5 años a 15 años. El tipo al que se concedió estos préstamos (muy elevado, cerca del 6%) fue reducido, estableciéndolo entre el 3,5% y el 4%. A Irlanda y a Portugal, igualmente “ayudados” por Europa, se les dispensará en adelante el mismo trato. En cuanto al Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FESF), se le atribuyen nuevas misiones. Podrá prestar a los gobiernos para ayudarles a recapitalizar a sus bancos, e incluso prestar directamente a los bancos con dificultades. De esta forma continua la misma política desastrosa.

La ayuda al sector financiero es masiva e incondicional: se le siguen entregando sumas increíbles sin exigir ninguna contrapartida, ninguna limitación, ninguna reglamentación. En cambio, a los pueblos se les pide sacrificios inauditos, planes de austeridad, privatizaciones, destrucción del sector público. Y todo ello sin que se salga de la crisis: el *Financial Times* estima que el conjunto de medidas aprobadas en la cumbre sólo conseguirá disminuir el endeudamiento de Grecia en un 7%. Según otros, se reduciría un 10% o un 20%⁸, en todo caso sin que salgan las cuentas. En 2010, Grecia ha registrado un déficit público que representa el 10,4% de su PIB, en vez del 9,6% inicialmente previsto⁹. Su deuda pública superará el 150% del PIB en 2011 y continuará estrangulando a un país puesto de rodillas en los planos económico y social.

La cumbre del 21 de julio da continuidad por tanto a una orientación nefasta, y aunque representa un giro lo es en otro terreno: por primera vez se ha exigido una contribución al sector privado, a bancos y otros organismos financieros. Es el resultado de las presiones ejercidas por contribuyentes exasperados, y también la toma de conciencia de la gravedad del problema y de la imposibilidad de continuar haciéndole frente con los viejos procedimientos. Se ha decidido que las deudas del Estado griego no serán liquidadas en las condiciones inicialmente previstas y los acreedores tendrán que decidir una de

las siguientes soluciones: cambiar sus títulos por otros de mayor madurez (30 años), hacer lo mismo con los títulos cuando llegan a su vencimiento, o vender sus títulos en mercado de ocasión, con un descuento.

En este último caso, el FESF se verá obligado de nuevo a intervenir, adquiriendo estos créditos “de ocasión”. Es verdad que en la cumbre se ha previsto que cualquier recompra de este tipo deberá ser autorizada por unanimidad de los países de la zona euro. Pero no lo es menos que los bancos podrán así desembarazarse a buen precio de una parte de sus activos “tóxicos”, corriendo los gastos a cargo del contribuyente europeo. Y hasta podría decirse que se verán incitados a hacerlo, asumiendo mayores riesgos en sus inversiones al estar seguros de poder desprenderse de ellas a buen precio. Por desgracia, esta situación no es nada original. ¿No ocurría igual antes de las nuevas atribuciones del FESF? Los bancos prestaban dinero a países de la zona euro sin preocuparse demasiado por el sobreendeudamiento, al estar seguros del socorro que recibirían de la Europa monetaria en caso de graves problemas. Podían así exigir tipos de interés muy elevados, la famosa “prima de riesgo” (mientras el BCE les financiaba a un 1%), al tiempo que se aseguraban el reembolso de su principal al llegar a su vencimiento. El riesgo, asumido normalmente por el prestamista privado, ya estaba de hecho transferido a los agentes públicos.

El verdadero giro de la cumbre europea del 21 de julio es de otro tipo: por primera vez se ha abierto la puerta a la suspensión de pagos de la deuda soberana. En este sentido circulan las más diversas estimaciones. El nuevo plan de ayuda a Grecia se elevaría a cerca de 160 mil millones de euros, de los cuales 109 proporcionados por Europa y el FMI, y el resto por acreedores privados. Por su parte, el Instituto de finanzas internacionales indica que los bancos acreedores de Grecia aportarían 135 mil millones entre 2011 y 2020, de ellos 54 mil millones antes de 2014. Los bancos y aseguradores europeos sufrirían una quita del 21% de la deuda griega suscrita¹⁰. Pero por ahora importan poco las cuantificaciones previstas.

Tampoco importa si la suspensión de pagos es parcial o selectiva. Lo importante es su reconocimiento. El lobby financiero ha hecho su trabajo y el sacrificio pedido a los bancos prestamistas es de muy poca amplitud: el conjunto de las provisiones sobre títulos griegos sólo costaría 1.400 millones de euros a los bancos franceses y 843 millones a los bancos alemanes¹¹. Pero lo cierto es que, en adelante, un acreedor del Estado griego ya no estará seguro de cobrar el montante previsto en la fecha prevista. Ya desde el 22 de julio, la agencia de calificación Fitch ha anunciado su intención de calificar a Grecia en suspensión de pagos parcial. El 25 de julio fue Moody's quien anunció que Grecia está a un paso de la suspensión de pagos, lo que ocurrirá en cuanto se efectúe el intercambio entre los antiguos títulos de la deuda griega y los nuevos.

Esta suspensión de pagos podría tener enormes consecuencias. Fragiliza a los numerosos bancos que, aturdidos por el apetito de ganancias, han acumulado grandes cantidades de obligaciones públicas griegas. Todavía más cuando el BCE amenaza, en caso de suspensión de pagos, con no aceptar (como hasta

ahora) los títulos griegos como contrapartida de la liquidez concedida a bancos griegos, que sólo subsisten con goteo. Es verdad que la Europa monetaria ha previsto sustituir al BCE aportando las garantías necesarias, pero el compromiso queda confuso y no es seguro que sea suficiente. Sobre todo, no lo olvidemos, muchos organismos financieros poseedores de créditos contra Grecia, se han asegurado contra el riesgo de suspensión de pagos por medio de los CDS (*credit default swaps*), “productos derivados” de los que no se conoce ni su montante ni, aún menos, sus detentadores. Es un dique que corre el riesgo de romperse y desencadenar un tsunami.

El peligro es de envergadura, pero la verdadera amenaza está en otro lugar. Puede ser que los participantes en la cumbre europea tengan la sensación de haber salvado a Grecia, pero si hay suspensión de pagos la desconfianza de los mercados se podría dirigir inmediatamente al siguiente país de la lista (Irlanda, Portugal...) y la caída del dominó continuaría su curso. Admitir la suspensión de pagos de Grecia equivale a admitir el fracaso de toda la estrategia levantada hasta ahora; equivale a arrojar dudas sobre la capacidad de esta estrategia para atacar los problemas de los otros países de la zona euro. La insistencia del comunicado final de la cumbre europea en que Grecia es un caso único muestra a las claras dónde está el peligro. Ahora bien, la solución ofrecida a Grecia difícilmente podrá ofrecerse a otros países europeos amenazados, teniendo en cuenta su tamaño y su nivel de endeudamiento. Sería la caída de un verdadero muro de la deuda, ante al cual ningún FESF resistiría, cualquiera que fuera su dotación (hoy día fijada en 750 mil millones de euros, aunque con una garantía efectiva de préstamos de 440 mil millones de euros). En este sentido se ha traspasó un umbral cuando, en julio de 2011, la desconfianza de los inversores se dirigió contra Italia, porque este país pesa económicamente por sí solo más del doble que la suma de los tres países “ayudados” hasta ahora (Grecia, Irlanda, Portugal).

Estamos por tanto ante un verdadero giro y, de alguna manera, ante una crisis dentro de la crisis. Porque Grecia inaugura la suspensión de la deuda soberana y porque la inclusión de Italia en el círculo de la amenaza demuestra que, incluso juntando todas sus fuerzas, la UE no podrá salvar a todo el mundo. José Manuel Barroso, presidente de la Comisión europea, ha terminado por reconocer que la crisis de la deuda era la crisis de toda Europa y no sólo de su periferia. Hay que ir más lejos y admitir el carácter universal de la crisis del sobreendeudamiento público, que no es otra cosa que una manifestación del carácter universal de la crisis de 2008-2009. Si Estados Unidos y Japón han escapado por ahora al veredicto de los mercados es por un efecto de reputación: ¿cómo imaginar que dos de las principales potencias económicas mundiales puedan suspender pagos?

En el caso de Japón hay que añadir que su deuda pública está suscrita en lo esencial por nacionales japoneses, lo que la hace mucho más estable y menos sujeta a movimientos especulativos. En realidad, Estados Unidos y Japón están tan afectados como Europa por el sobreendeudamiento. La deuda pública de Japón bate todos los récords, llegando al 229% del PIB a comienzos de 2011¹². En cuanto al déficit del estado federal norteamericano (*net borrowing*), se ha elevado al 9,1% del PIB en el primer trimestre de 2011. La deuda pública

americana alcanzó a mediados de mayo de 2011 el límite legal (14,294 billones de dólares) por encima del cual el Estado no puede aumentar su endeudamiento. Este techo representa el 96% del PIB de los Estados Unidos en el primer trimestre de 2011 (evaluando el PIB en términos anuales). Una vez levantada esta limitación, el endeudamiento público americano ha saltado hasta 14.5807 billones de dólares el 2 de agosto, superando el montante del PIB de 2010 y alcanzando el 98% del PIB del primer trimestre de 2011¹³. Se acerca al 100% y, según el FMI, llegará al 103% en 2012¹⁴. Este ratio era del 64,4% en 2007¹⁵ y se ha disparado bajo los efectos de la crisis de 2008-2009.

Aún siendo una consecuencia lógica de esta situación, la decisión de la agencia de calificación Standard and Poor's de degradar la calificación de la deuda pública americana ha tenido el efecto de una bomba. El 5 de agosto de 2011, la agencia rebajó la nota de esta deuda de AAA (máximo insuperable) a AA+, con perspectiva negativa. Una decisión que hace aumentar el coste de los préstamos americanos (agravando así el sobreendeudamiento), empuja al alza los tipos de interés a medio y largo plazo, amenaza el edificio financiero mundial (basado en buena medida en el clásico bono del tesoro americano), desvaloriza el patrimonio de quienes suscriben títulos de la deuda pública de los Estados Unidos (comenzando por China), dificulta la financiación del déficit exterior americano y sobre todo acrecienta en enormes proporciones el sentimiento de desconfianza ante los títulos públicos, cualesquiera que sean: si ya no se puede tener una confianza absoluta en los Estados Unidos, ¿qué confianza se puede conceder a los otros Estados? Lo cual encarecerá, de rebote, la financiación de todos los déficits públicos y empujará a más países a la suspensión de pagos. Todo esto sin contar con el golpe dado a la confianza de los agentes económicos, que tendrán más dudas que antes entre invertir o consumir.

Algunos pensaban, siguiendo en este aspecto una orientación keynesiana, que la política presupuestaria de los planes de relanzamiento y los déficits públicos, era la solución milagrosa a la crisis, un remedio que la ortodoxia había impedido aplicar en 1929, pero que ahora había tenido el valor de hacerlo. Se puede ver que el endeudamiento público así generado no es más que una forma particular adoptada por una crisis que continúa su curso, revistiéndose con un disfraz tras otro. De una huida hacia delante a otra, se ha perdido tiempo, desbordado los plazos, pasando de la crisis de la nueva economía a la crisis inmobiliaria, de la deuda de los hogares a la de los bancos, y por último, del sobreendeudamiento de éstos al de los Estados.

La onda del desequilibrio está sin control, los Estados constituyen el último dique y éste ya está cediendo. Ha llegado la hora de saldar cuentas. Así lo decía en mi obra "La gran crisis del siglo XXI", aparecida en marzo de 2009: *"Hay que preguntarse (...) si la próxima forma que adoptará la crisis será una desconfianza catastrófica hacia la inversión en bonos de Estado, habitualmente considerados como seguros. Hasta ahora, es verdad, el raudal de capitales que abandonaban la Bolsa o se negaban a adquirir obligaciones de empresas, se ha trasladado masivamente a los empréstitos de Estado, que han podido financiarse baratos. Pero también por ese lado aumenta el riesgo que se puede apreciar de forma más clara (...). Cuanto más aumenta la masa del*

endeudamiento público, más caro habrá que pagar para continuar endeudándose. Los Estados pueden intervenir para salvar el sistema capitalista, como lo han hecho hasta ahora, sin resentirse. ¿Pero quién salvará a los propios Estados si su credibilidad económica resulta amenazada? Son la última muralla; detrás, ya no hay nada”¹⁶.

Los Estados Unidos

A comienzos del verano de 2011, como acabamos de ver, el gran motivo de inquietud era Europa, pero se consideraba que, salvo esa excepción, el mundo había salido de la crisis. Ahora bien, abordar la coyuntura mundial es ante todo abordar la coyuntura americana, y no se puede ciertamente decir que los Estados Unidos hayan salido de la crisis más grave que han conocido desde 1929. Todo lo contrario.

Veámoslo más de cerca. El PIB americano, estancado en 2008 (-0,3%), bajó fuertemente en 2009 (-3,5%). Un hundimiento desastroso, que habría podido ser abismal sin una intervención pública a gran escala. La renta de las economías domésticas de 2009 disminuyó respecto a 2008, de forma muy importante (-530 mil millones de dólares). Pero la voltereta habría sido mucho más grave sin un fuerte aumento de las transferencias públicas a su favor (+259 mil millones), aumento que contrabalanceó casi por completo el descenso del total de salarios (-272 mil millones). La renta disponible en los hogares también cayó (-235,7 mil millones), aunque mucho menos que su renta. Esto se explica por una disminución dramática de los impuestos sobre la renta de las personas físicas (-294,3 mil millones), ligada en parte a la caída de las rentas pero también a una política de desgravación fiscal de gran amplitud.

La suma (salarios públicos + transferencias públicas a las economías domésticas – impuestos sobre la renta de las personas físicas) resume el apoyo público aportado a los hogares: ascendió a 1.587,6 mil millones de dólares en 2008, y a 2.172 mil millones en 2009, con un crecimiento de 584,4 mil millones. Un apoyo de excepcional amplitud. Por eso, al convertir la renta de los hogares en renta disponible la caída ha quedado reducida a la mitad. Es lo que ha evitado que una recesión se transforme en una profunda depresión. La cuestión está en cuál será el comportamiento de esta economía una vez retirado el extraordinario andamiaje público edificado a su alrededor.

Veamos para ello los datos trimestrales de dicha suma (salarios públicos + transferencias públicas – impuestos sobre la renta de las personas físicas). Esos datos muestran que el apoyo público, masivo, creció fuertemente durante el año 2008 y el primer semestre de 2009. El apoyo se mantuvo también a un alto nivel durante el año 2010, cuando se alternaron aumentos y disminuciones de la aportación pública. El giro se da en el primer trimestre de 2011: la suma que acabamos de citar (salarios públicos + transferencias públicas – impuestos sobre la renta de las personas físicas) cae fuertemente (-133 mil millones de dólares), y los gastos públicos registran un retroceso neto (-5,9%, prolongado con un -1,1% durante el segundo trimestre de 2011). El apoyo público comienza por tanto su movimiento de retirada.

Pero lo privado no toma el relevo, y éste es el elemento esencial. El sector inmobiliario sigue devastado: -27,7% en 2010 (III), después estancamiento: +2,5% en 2010 (IV), -2,4% en 2011 (I) y +3,8% en 2011 (II). La inversión de las empresas no tiene ningún dinamismo y, aunque sigue aumentando, el ritmo de este crecimiento va disminuyendo: 18,6% en 2010 (II), 11,3% en 2010 (III), 8,7% en 2010 (IV) y por fin 2,1% en 2011 (I), seguido de un ligero rebote (+6,3%) en 2011 (II). En cuanto a la contribución del comercio exterior, a veces es positiva, aunque en general es negativa. El resultado de conjunto (cuya fragilidad se adivina) es muy flojo durante el segundo trimestre de 2011 (+1,3% del PIB) y cercano al estancamiento durante el primer trimestre del año (+0,4%).

Queda lo esencial: el consumo de los hogares, que tiene un peso muy alto en los Estados Unidos (supone el 70,5% del PIB, cuando en Francia es sólo el 56%). Estrangulado por unos salarios comprimidos, amenazado por el paro, influido negativamente por la caída de valor del patrimonio inmobiliario, este consumo decae y deja de tirar del carro. En ritmos anuales, ha crecido el 3,6% durante el cuarto trimestre de 2010, pero sólo el 2,1% durante el primer trimestre de 2011, y un insignificante 0,1% durante el segundo trimestre de este año. Se podrá decir que estos problemas del consumo americano no datan de hoy y que siempre han sido superados.

Es cierto, ha sido así gracias al modelo “cada vez menos ahorro, cada vez más deudas”. Un modelo que ha permitido mantener la demanda global cuando ésta podía desfallecer, sin tener que subir los salarios, reduciendo la tasa de ahorro para aumentar el consumo sin cambiar la renta, y subiendo la tasa de endeudamiento para mantener el gasto de consumo o de inversión (inmobiliaria). Un modelo que se basa en una solución milagrosa pero explosiva, como se puede comprender fácilmente, dado que la caída de la tasa de ahorro y la elevación de la tasa de endeudamiento necesariamente tienen un fin. La crisis de 2008-2009 es la crisis de ese modelo, y nadie sabe cómo obtener esos resultados ahora que está fuera de servicio.

En adelante, la tasa de ahorro de los hogares se recupera, y sorprende constatar cómo los dos años de recesión (2008 y 2009) fueron precedidos por un salto de esta tasa que le hizo ganar 3 puntos de un solo golpe, pasando de 2,4% en 2007 a 5,4% en 2008. Esto muestra la importancia de estos ajustes, la importancia de la caída de esta tasa durante muchos años (en 2005 era del 1,5%), alimentando de forma barata el consumo y por tanto también el crecimiento; pero también la importancia de esta nueva subida. Dicha remontada, inevitable en período de crisis, se explica por la reconstitución de un ahorro preventivo, y también por el estallido de la burbuja inmobiliaria y el consiguiente hundimiento de los precios de los inmuebles: este deshinchamiento del valor del patrimonio ocasiona (“efecto riqueza”) una caída de la propensión a consumir y un aumento correlativo de la tasa de ahorro.

Se abre el vacío bajo los pies de la economía americana, porque el apoyo público ha comenzado a retirarse sin que el privado tome el relevo, y esto se debe a que el antiguo modelo (“cada vez menos ahorro, cada vez más

deudas”) ya no funciona y no ha sido sustituido por ningún otro. Ya no es posible, como ha ocurrido durante muchos años, aumentar el consumo gracias a un descenso de la tasa de ahorro y no por un aumento de la renta. Ya no es posible, como también ha ocurrido durante muchos años, alimentar el sector inmobiliario gracias a un endeudamiento desconsiderado. Ha llegado la crisis, jugando su papel de restablecimiento de los equilibrios, elevando una tasa de ahorro de los hogares que era próximo a cero, reduciendo en cambio una tasa de endeudamiento que se había vuelto insostenible. Así, la deuda total de los hogares americanos alcanza el máximo de 13.844 mil millones de dólares en 2008; cae después a 13.611 mil millones en 2009, a 13.386 mil millones en 2010; en el primer trimestre de 2011 sigue cayendo hasta 13.318 mil millones. Ante semejante callejón sin salida hay que preguntarse si la economía americana puede registrar crecimiento a falta de burbuja especulativa, ya sea sin la burbuja (bursátil) de la nueva economía o sin la inmobiliaria que la siguió.

Ha sonado la hora de la verdad, a uno y otro lado del Atlántico, porque la crisis continúa, adoptando otros disfraces, y porque los procedimientos utilizados para prolongar los plazos están en vía de agotamiento. En Europa la crisis toma sobre todo la forma del sobreendeudamiento público, en los Estados Unidos la de un ahogo del crecimiento. Pero la decisión de Standard & Poor’s de degradar la valoración americana dice mucho sobre el carácter universal de una crisis mundializada. La última muralla, la de los Estados, está cediendo. Los “mercados” exigen ser salvados con fondos públicos y después, mordiendo la mano de quien les ha alimentado, no dudan en abalanzarse sobre esos mismos Estados que les han socorrido.

Bajo su presión, las políticas de austeridad puestas en marcha profundizan la crisis de forma aún más violenta al ser generalizadas. Pretendiendo reducir el endeudamiento, estas políticas lo agravan, al disminuir los ingresos fiscales. Atrapado en este círculo vicioso, el mundo capitalista no encuentra la vía de salida, porque ya se han disparado y agotado las municiones públicas, tanto el instrumento presupuestario como el monetario, con unos tipos de los bancos centrales mantenidos al mínimo, sin grandes resultados. Detrás de los Estados desarmados aparecen las implacables leyes del sistema capitalista, leyes dictadas por la sed inextinguible de ganancias, un sistema amenazado de hundimiento y que amenaza con arrastrar a toda la humanidad en su caída.

¿Qué hacer?

No es éste el lugar para enunciar la integridad de un programa que pase revista a todas las medidas necesarias, algunas derivadas directamente de la situación actual, otras que son su consecuencia lógica, y otras por fin que atacan al sistema capitalista en lo más fundamental. Esto sería útil, pero la casa está ardiendo y hay que poner en marcha lo indispensable para que, a partir de ahí, se abran otras vías bajo otro horizonte. Prioridad de prioridades, hay que extinguir el incendio de la deuda. Gesto de supervivencia, hay que someter a las finanzas, impedirles hacer daño, de una vez por todas. Y preparación del futuro, hay sentar las bases para un relanzamiento que asegure el empleo.

La urgencia absoluta es hacer frente al problema de la deuda pública. Tres puntos resultan esenciales:

1) Cualquiera que sea el país, hay que decretar una moratoria sobre la deuda existente y someterla a una auditoría, para tener una valoración contextualizada y determinar qué deudas serán reembolsadas y cuáles no. Una parte sustancial de la deuda, claro está, deberá ser repudiada. El resto será sometido a reestructuración: reescalonamiento, reducción, limitación, etc.

2) Reformar en el plazo más breve los estatutos del BCE para permitir la financiación monetaria del déficit público (compra por el BCE de los títulos de deuda pública en el momento de su emisión). El BCE está procediendo ya a comprar dichos títulos, pero lo hace en el “mercado de ocasión”, donde los títulos comprados por los bancos son revendidos. Esto permite a los bancos, a un mismo tiempo, exigir una prima de riesgo en el momento de la compra del título y asegurarse después la posibilidad de revenderlo. La financiación monetaria del déficit quitaría su poder de chantaje a las finanzas.

3) En materia de déficit público, hay que enderezar la situación, sobre todo si hay que renunciar a los fondos suministrados por los mercados. Se impone una reforma fiscal de amplitud, echar atrás las ventajas concedidas a los patronos y gravar fuertemente las rentas altas, los beneficios de las sociedades y los patrimonios de los ricos.

La crisis lo ha mostrado de forma estridente... y desastrosa: hay que atar al mundo financiero. Además de prohibir la titularización de los préstamos y de los fondos especulativos, hay que levantar el secreto bancario, perseguir los paraísos fiscales y constituir un gran polo bancario público, nacionalizando un número significativo de bancos en posición dominante. El aparato bancario debe ser sometido a un control severo y restaurar la separación entre bancos de depósitos y bancos de negocios. Hay que gravar las transacciones financieras, instaurar el control del movimiento de capitales. Hay que prohibir las ventas al descubierto, que permiten la especulación con títulos. Hay que poner también a las Bolsas en posición subordinada, lo que podría conseguirse por medio de una imposición reforzada de las plusvalías, la introducción de un plazo entre la compra y la reventa de las acciones o simplemente la no cesibilidad de los títulos emitidos. En fin, hay que poner a los bancos centrales y a todas las instituciones financieras bajo el control estricto de los poderes públicos.

Si no se quiere que las mismas causas produzcan los mismos efectos, hay que romper con el modelo de la mundialización liberal. Esto supone muchas cosas que no podemos desarrollar aquí, ya se trate del derecho de propiedad de la empresa, de otra mundialización (y de otra Europa), del perímetro de los bienes comunes o de la crisis ecológica. Pero lo indispensable, el zócalo sobre el que construir, es una nueva relación salarial. En efecto, se requiere un nuevo reparto del valor añadido, radicalmente diferente del actual, para asegurar las bases de otro desarrollo. Es preciso también estabilizar el mercado de trabajo, restableciendo el predominio del contrato indefinido, confinando las diversas formas del trabajo precario y ciñendo estrictamente los despidos. Hay que

garantizar las conquistas sociales, acabar con las políticas de austeridad, reconstituir servicios públicos dignos de este nombre.

Esto es lo más urgente. Llevarlo a cabo resulta de por sí enorme, pero limitarse a ello sería ilógico. ¿Acaso no vemos que detrás de tal o cual “exceso” de las finanzas está el espíritu de un sistema, el capitalismo? ¿No vemos que detrás de la mundialización liberal están las exigencias de un sistema, el capitalismo? La crisis actual ha suscitado ya inmensos sufrimientos en el mundo. Sus nuevos desarrollos son, desde ese punto de vista, terriblemente amenazadores. Es tiempo de borrón y cuenta nueva, es tiempo de cambiar de horizonte.

[acabado de redactar el 7/08/2011]

Isaac Joshua es profesor en ciencias económicas en la Universidad Paris XI, miembro de la Fundación Copernic y del Consejo científico de Attac-Francia. Ha publicado, entre otros libros, “Le grand tournant. Une interrogation sur l’avenir du capital”, PUF, Actuel Marx, Paris 2003, y “Une trajectoire du Capital. De la crise de 1929 à celle de la nouvelle économie », Syllepse, Paris 2006.

Traducción : VIENTO SUR

NOTAS

1. *Le piège de la dette publique. Comment s'en sortir* [La trampa de la deuda pública, cómo salir de ella], Jacques Cossart, Evelyne Dourille-Feer (coord.), Attac, Ed. *Les liens qui libèrent*, mayo 2011, pg.70.
2. Ibid. pg. 69.
3. *La dette ou la vie* [La deuda o la vida], Damien Millet y Eric Toussaint (coord.), edit. *Aden*, mayo 2011, pgs. 213, 214.
4. Intervención de Jean-Claude Trichet, presidente de BCE, en los Encuentros económicos de Aix, contada por Olivier Lecomte, *La Tribune*, 11/07/2011.
5. AFP, 5/05/2011
6. AFP, 2/08/2011
7. AFP, 27/07/2011
8. Martine Orange, Mediapart, 26/07/2011
9. AFP, 9/05/2011
10. Reuters, 28/07/2011
11. Martine Orange, Mediapart, 26/07/2011
12. AFP, 4/08/2011
13. AFP, 4/08/2011. La deuda aquí considerada acumula la del Estado federal americano y la de los Estados que constituyen la Unión, así como de las administraciones locales, al contrario que en el Cuadro 2 que sólo tiene en cuenta la de las administraciones centrales.
14. AFP, 25/07/2011
15. AFP, 4/08/2011
16. *La grande crise du XXI siècle. Une analyse marxiste* [La gran crisis del siglo XXI. Un análisis marxista], *La Découverte*, pgs. 118, 119.